

CINCUENTA Y TRES AÑOS DE LAS *MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA*

Josefina Zoraida VÁZQUEZ
El Colegio de México

LAS *MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA* se cuentan entre las más antiguas publicaciones periódicas dedicadas a la historia en México, a pesar de la forma irregular en que apareció entre 1970-1989, debido, en buena parte, a los problemas financieros que enfrentó la Academia. Para comprender las características de las *Memorias* hace falta hacer un poco de historia de la institución de la que han sido órgano.

Como es bien sabido, las Academias aparecieron en Francia en el siglo XVII y fueron introducidas en la vida cultural española por la Casa de Borbón, a principios del siglo XVIII. El rey Felipe V fundó en 1713 la Real Academia de la Lengua Española, pero retardó 25 años el establecimiento de la Real Academia de la Historia que hubo de aguardar hasta 1738.

Los orgullosos criollos novohispanos que venían luchando porque se reconociera a la vida cultural del reino la distinción que merecía —en especial ante las ideas de los naturalistas europeos ilustrados—, al consumarse la independencia, iban a anhelar la fundación de instituciones semejantes en México. Es por eso que a pesar de enfrentar toda clase de obstáculos, el gobierno mexicano se empeñó en responder a esta inquietud, decretando en 1836 la fundación de una Academia de la Historia integrada por distinguidos intelectuales. Pero la angustiada situación de la

República, asediada por amenazas externas, bancarrota hacendística, estancamiento económico e inestabilidad, hizo que la institución quedara prácticamente en el papel.

Dado que la historia fue la rama literaria de mayor importancia a lo largo del siglo XIX, es natural que la aspiración no muriera, de manera que apenas se consolidó la soberanía nacional con el triunfo sobre el imperio en 1867, reapareció el proyecto de la Academia. Resulta curioso que el nacionalismo desbordante que se expresó durante los años de la restauración de la República, no inclinara a los intelectuales mexicanos a fundar academias independientes de las españolas, sino que se empeñaran en fundar correspondientes de aquéllas.

Una vez más, la fundación de la Academia Mexicana de la Lengua se adelantó y en 1875 se establecía como correspondiente de la Real de Madrid. La de la Historia resultó muy controvertida, por haberse multiplicado las expresiones de antihispanismo en el ambiente mexicano. Una de ellas se volvió tan célebre que incluso se publicó. En la década de 1870, con motivo de la promulgación de la ley de colonización se debatió ampliamente su conveniencia y finalidades y, en ese contexto, surgió una acre polémica entre el *Diario Oficial* y la colonia española. Uno de los argumentos repetidos para defender la conveniencia de atraer extranjeros al país, fue la de “mejorar la raza”, y éste dio pie para que se debatiera el legado de “la madre patria”. De esa forma se expresaron argumentos en favor y contra los elementos que habían legado indígenas y españoles.¹

Es posible que estas expresiones influyeran en la renuencia de la Real Academia de la Historia de Madrid a patrocinar instituciones correspondientes en Hispanoamérica. Pero los diplomáticos hispanoamericanos acreditados en Madrid no se desanimaron y continuaron insistiendo para conseguirlo. Hacia fines de la década de 1880, los aires parecieron tornarse más receptivos y la Real institución empezó a estudiar y discutir el proyecto de aceptar filiales americanas. Para 1888 se había redactado el reglamento

¹ *Polémica*, 1875.

que regiría a las academias afiliadas y de acuerdo con éste, se establecieron las academias de Buenos Aires, Bogotá y Caracas, pero no se autorizó la de México, no obstante haber sido la Nueva España.

Con la consolidación del porfiriato, los exaltados ánimos nacionalistas de los mexicanos se fueron moderando, tanto que para 1901, el Marqués de Prat, ministro de España en México, por iniciativa propia empezó a promover una negociación para que la Real Academia de la Historia autorizara la fundación de una correspondiente mexicana. Se efectuaron reuniones, se mencionaron los posibles académicos y hasta se seleccionó a don Nicolás León como secretario, pero de nuevo el proyecto quedó congelado, pues la matriz madrileña no otorgó su aprobación.

Un nuevo intento tuvo que esperar a que empezaran a calmarse los ánimos revolucionarios. Esta vez redactores y colaboradores de la *Revista de Revistas*, viendo que empezaba a encauzarse el orden, decidieron fundar, sin patrocinio externo, una Academia de la Historia en 1916. Sin duda los miembros de la nueva institución aspiraban a convertir en correspondientes, pues aprovecharon el viaje de don Manuel Romero de Terreros a España, para encargarle llevar un saludo institucional a la Real Academia de la Historia de Madrid. Según se recordaría durante la ceremonia de inauguración de la actual sede de la Academia en la plaza Carlos Pacheco, encontrándose en aquella Villa y Corte en 1917, don Manuel fue agraciado con el nombramiento de Correspondiente y, unido al padre Mariano Cuevas que también se encontraba en esa ciudad, se dedicó a promover la corresponsalía de la academia mexicana. Don Manuel tuvo que regresar a México, pero don Mariano continuó las negociaciones y alcanzó el éxito. De esa manera, el 27 de junio de 1919, a propuesta de los académicos de número Duque de Alba, Marqués de San Juan de Piedras Alba, Ramón Menéndez Pidal, Julio Pujol, Ricardo Beltrán y Juan Pérez de Guzmán, se aprobó la fundación de la Academia Mexicana.

El 12 de septiembre de 1919 se inauguró la nueva Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real, sujeta al reglamento de 1888, y constituida por 24 sillones

de número elegidos entre historiadores residentes en la República o en el extranjero. Los fundadores fueron Francisco Sosa, Francisco Planearte (arzobispo de Monterrey), Ignacio Montes de Oca (obispo de San Luis Potosí), Luis García Pimentel, Francisco A. de Icaza, Mariano Cuevas, Manuel Romero de Terreros, Jesús García Gutiérrez (canónigo honorario de la Basílica de Guadalupe), Jesús Galindo y Villa, Luis González Obregón, Juan B. Iguíniz y Genaro Estrada. Se puede notar que, durante las primeras décadas, el común denominador de los elegidos parece haber sido su acendrada posición hispanista-católica, tanto que alguno apenas pudiera considerarse historiador.²

Las primeras reuniones se llevaron a cabo en la casa de González Obregón, su primer director;³ fungieron Romero de Terreros como tesorero perpetuo y Juan B. Iguíniz como censor. Carentes de una sede, los académicos se reunían en lugares relacionados con las pertenencias de directores a diversas instituciones, así lo hicieron en la Secretaría de Relaciones, la Biblioteca Nacional, el Colegio de Abogados, la Sociedad de Geografía y Estadística, el Colegio de las Vizcaínas y un club del centro de la ciudad.

Como toda institución no oficial, tenía dificultades financieras. No fue sino hasta que don Atanasio Saravia y don Manuel Romero de Terreros lograron, con apoyo de importantes empresarios, constituir un fideicomiso en el Banco Nacional de México. Don Atanasio, con habilidad, también consiguió que el presidente Miguel Alemán le donara a la Academia el terreno de la plaza Carlos Pacheco y “mediante un trueque con Bienes Nacionales, del INAH”, consiguió la hermosa fachada barroca, que había pertenecido a la residencia colonial de los Condes de Rábago,⁴

² En ese caso consideraría a don Guillermo Tritschler.

³ Ocuparon la dirección de la Academia después: Galindo y Villa (1922), Manuel Mestre Ghigliazza (1925), Genaro Estrada (1930), Ignacio del Villar Villamil (1932), José Lorenzo de Cosío (1941), Atanasio González Saravia (1941), Alberto María Carreño (1952), Manuel Romero de Terreros (1962), Edmundo O’Gorman (1972), Luis González (1991), Miguel León-Portilla (1997).

⁴ CARRERA STAMPA, 1969, pp. 113-115.

demolida poco antes. Con todos esos elementos, se construyó la sede que todavía ocupa. El edificio se inauguró el 8 de diciembre de 1953 y fue, de acuerdo con la idiosincrasia de la mayoría que entonces constituían la Academia, solemnemente bendecido por el subdecano y canónigo honorario García Gutiérrez.

Hacia fines de la década de los treinta y principios de los cuarenta la historia empezaba a profesionalizarse. La Escuela de Altos Estudios y después la Facultad de Filosofía de la UNAM ofrecían maestría en historia, que habilitaba a los estudiantes a enseñar en escuelas de educación media. Más tarde, la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de El Colegio de México y de los Institutos de Historia y de Estudios Estéticos de la Universidad Nacional consolidaron formación de investigadores. Este contexto obligó a una visión más amplia y menos partidista del pasado, aunque todavía los años cuarenta presenciarían los excesos del enfrentamiento del encuentro de los restos de Hernán Cortés y los del último emperador mexica Cuauhtémoc.

En ese nuevo contexto, en 1942 la Academia empezó a publicar sus *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid*. De 1942-1970 las *Memorias* aparecieron trimestralmente con una puntualidad encomiable. De los tomos I-XVI la edición de las *Memorias* estuvo a cargo de Juan B. Iguíniz y de ese volumen al XIX, a la de Carrera Stampa.⁵ Como es natural, los encargados le imprimieron su sello a las *Memorias*. Iguíniz incluyó en los volúmenes a su cargo un apartado al que tituló Biblioteca de la Academia Mexicana de la Historia; de los siglos III-XV se incluyó la sección "Tlatelolco a través de los siglos" en donde se relataban los trabajos arqueológicos e

⁵ En 1956 se instituyó un consejo de redacción formado por Juan Iguíniz, Alberto María Carreño, Pablo Martínez del Río, Manuel Romero de Terreros, Federico Gómez de Orozco y Manuel Carrera Stampa. En 1963 quedaron en el consejo Iguíniz, Romero, Saravia y Carrera Stampa; en 1968 se reducía a Iguíniz, Saravia y Carrera y un año después aparecían Iguíniz, Carrera, Ignacio Rubio Mañé y José Dávila Garibi.

históricos hechos sobre ese barrio de la ciudad. También se incluyó otra sección titulada “Apuntes históricos sonorense”, que a lo largo de los volúmenes V-XIV se refirieron a la conquista temporal y espiritual y algunos otros temas. Muchos de los trabajos eran cortos (algunas veces de dos páginas) y algunos referidos a minucias que distaban de ser producto de investigación. Don Ignacio Rubio Mañé contribuyó con una sección a la que denominó crónica, en donde daba noticias referentes al mundo de los historiadores y promovió también la traducción de artículos interesantes publicados en otras revistas sobre su patria chica. Es interesante que sólo ocasionalmente se incluyeran reseñas. Amén de los artículos se publicaron diversos documentos “inéditos” en la sección que llamaron “folletín” hasta el número XVII, más tarde convertida en la que denominaron “fuentes documentales”, las *Memorias* incluyeron los discursos de ingreso de los Académicos de Número y una bibliografía analítica.

Gracias al cuidado del editor Carrera Stampa, en 1970 las *Memorias* publicaron un índice cuidadoso de los 30 primeros volúmenes de la revista, con sus respectivos índices.

Mas al finalizar la década de 1960, la situación se tornó adversa para la Academia Mexicana de la Historia. En 1968 murió don Manuel Romero de Terreros y al año siguiente don Atanasio Saravia, lo que iba a resentirse hondamente en el funcionamiento de la Academia. Una de las señales inequívocas fue el retraso en la aparición de las *Memorias*. Por largos años pareció que su publicación cesaría por completo. Lo que resulta enigmático es que Manuel Carrera Stampa que vivió hasta 1978, abandonara su edición. El número XXX mencionaba a María de las Mercedes Valcárcel como encargada de edición y en los siguientes 19 años sólo verían la luz los volúmenes XXXI (a cargo de Juan A. Ortega y Medina y Carlos Bosch García) y XXXII. Desde este último número, aparecido en 1990, empecé a hacerme cargo de la publicación de las *Memorias* y logré regularizar su aparición anual, además de promover el abandono de la anticuada portada en la que se incluía el índice.

A MANERA DE EVALUACIÓN

La Academia estuvo constituida por distinguidos historiadores y anticuarios, pero durante unas tres décadas limitó la selección de sus miembros con criterios ideológicos y de método histórico. El hispanismo de los académicos, al igual que los indigenismos radicales a los que se enfrentaba, eran absurdos y tenían que moderarse con el paso del tiempo. Muchos de los artículos tempranos todavía reflejaban ese empeño por defender el punto de vista hispanista. De todas formas las *Memorias* incluyeron artículos relevantes de historia colonial e historia del arte, además de registrar las importantes investigaciones arqueológicas en Tlatelolco.

Pero era necesario cambiar la forma de historiar el pasado mexicano y en ello iban a influir muchas circunstancias. La fundación del Fondo de Cultura Económica y su empeño por ofrecer la traducción directa de grandes obras de historia y filosofía de la historia, la llegada de los refugiados europeos y españoles, las reflexiones sobre México y su cultura hechas por nacionales como Samuel Ramos (*El perfil del hombre y la cultura en México*, 1939) o el recién llegado José Moreno y Villa (*Cornucopia de México*, 1940) tenían que generar una nueva actitud ante el pasado. El contexto era favorable para repensar posiciones tradicionales; la cátedra de José Gaos y la publicación de sus reflexiones filosóficas, así como la aparición de diversos libros y artículos que replanteaban viejos problemas historiográficos como los de José Iglesias, *Cronistas e Historiadores de la Conquista. El ciclo de Hernán Cortés* (1942) y *El Hombre Colón y otros ensayos* (1944); Edmundo O'Gorman, *Fundamentos de la Historia de América* (1942) y *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica* (1947), etc. tuvieron que influir en formas más maduras de enfrentar el pasado.

De esa manera, hacia finales de la década de 1940, la Academia empezó a mostrarse menos rígida. En 1956 fue electo Arturo Arnáiz y Freg que propició el ingreso de académicos como Alfonso Teja Zabre, Francisco de la Maza, Justino Fernández y Jesús Reyes Heróles e incluso el gran heterodoxo Edmundo O'Gorman. Sin embargo, Arnáiz

no consiguió, en su interés por llevar a don Daniel Cosío Villegas, el gran investigador de la historia moderna de México, a la Academia.

Pero por desgracia muchos de los distinguidos académicos como Carlos Pereyra, Ángel María Garibay, Guillermo Porras, Alfonso Teja Zabre, Julio Jiménez Rueda, Ignacio Bernal, Wigberto Jiménez Moreno, Sergio Méndez Arceo y algunos otros nunca colaboraron en las *Memorias*. Salta a la vista una característica notable en los primeros 30 volúmenes: la revista fuera fundamentalmente masculina. La mayoría de las historiadoras aparecieron como participantes de Robert Barlow en la sección dedicada a "Tlatelolco a través de los tiempos": Antonieta Espejo, Carmen Cook, Rosaura Hernández y Delfina López Sarrelangue. Eleanor B. Adams aparece como autora de un estudio sobre Yucatán traducido por Rubio Mañé (1944) y después de 1959, Bertha Flores Salinas.

El contenido de las *Memorias* es casi totalmente de historia nacional. De acuerdo con el predominio que tenía la historiografía mexicana en general, 58% de los artículos se refieren al periodo virreinal; 18% al análisis historiográfico, informes sobre repositorios documentales y bibliotecas y discusión sobre el carácter de la historia o su enseñanza; 14% se ocupan de temas decimonónicos; 9% a los prehispánicos y 1% a los de historia universal. Buena parte de los artículos sobre el periodo novohispano es de carácter artístico, al igual que la mayoría de los dedicados al México antiguo son de índole arqueológica.

Algunos autores se ocupan de todos los periodos de historia de México, como en el caso de Vito Alessio Robles, José Bravo Ugarte, Alberto María Carreño, Manuel Carrera Damas, José López Portillo y Weber y Silvio Zavala.

La incorporación de mujeres como miembros de número anunciaba el cambio profundo que ha tenido lugar en la Academia y que, por supuesto, se refleja en las *Memorias* desde el volumen XXXIV (1990-1991). No sólo sus páginas se abrieron a jóvenes historiadores, sino también a toda corriente histórica. Muchos de sus artículos muestran gran sofisticación en tema y desarrollo, entre ellos podríamos

mencionar los de Fernando Escalante, "La sumisa desobediencia. Notas sobre el problema de la autoridad en México", Antonio Annino, "Las ocultas paradojas del Quinto Centenario" (XXXV, 1992), Mauricio Tenorio, "Ciencia e Historia: a la cacería de sentidos comunes" (XXXVII, 1994), Hans-Joachim König, "Reflexiones teóricas acerca del nacionalismo y el proceso de formación del Estado y la Nación en América Latina" (XXXVIII, 1995), Horst Pietschmann, "Corrupción en las Indias Españolas: revisión de su debate en la historiografía" (XL, 1997), o Walther Bernecker y Thomas Fischer, "Auge y Decadencia de las Teorías de la Dependencia sobre América Latina" (XLI, 1998).

En los últimos diez volúmenes también sobresale un mayor número de artículos de historiadoras, así como de historiadores extranjeros, y un incremento en el interés por el siglo XIX, aunque el virreinato sigue manteniendo cierta preponderancia y el siglo XX continúa estando en desventaja. De las páginas de las *Memorias* desaparecieron las noticias y las minucias que incluían los primeros volúmenes. La publicación reúne ahora artículos producto de investigación profesional y desde luego, los discursos de ingreso de los nuevos miembros de número.

A pesar de todo, las páginas de las *Memorias* son un índice interesante para seguir el curso y los cambios de la historiografía en México a partir de 1942. En sus artículos se refleja la forma en que se ejerció y se enseñó la historia en México y, desde luego, el lento proceso de profesionalización.

Es natural que como en el resto de las publicaciones periódicas de historia, los artículos hayan seguido el cauce del interés y de los cambios en interpretación, así como de la forma de historiar. De esa manera, sus 43 volúmenes son indispensables para hacer el análisis de la historiografía mexicana del siglo XX.

Creemos que hoy es una publicación seria que ha merecido ya que el Comité Mexicano de Ciencias Históricas premie uno de sus artículos. La incorporación de reconocidos historiadores extranjeros entre sus corresponsales ha enriquecido las *Memorias*. Entre las asignaturas pendientes

está la de contribuir a superar el provincialismo de la historiografía mexicana propiciando la publicación de artículos de historia hispanoamericana y universal, asimismo, como ampliar su circulación.

REFERENCIAS

CARRERA STAMPA,

- 1969 "Homenaje póstumo a la memoria de don Atanasio G. Saravia, director de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Real de Madrid", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxviii:2, pp. 113-115.

IGUÍÑIZ, Juan B.

- 1969 "La Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real de Madrid, en su cincuentenario, 1919-1969", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, xxviii:4, pp. 337-345

Polémica

- 1875 *Polémica entre el Diario Oficial y la Colonia Española sobre la Administración Virreynal de Nueva España*. México: Imprenta Políglota.

VÁZQUEZ, Josefina Zoraida

- 1994 *Setenta y cinco años de la Academia Mexicana de la Historia*. México: Grafity, Diseño e Impresión, S. A.